

## EL DISCURSO NOCTURNO

Y el periódico, el famoso periódico que preside el pensamiento de quien quiere irrumpir en la masa de los miles y de los millones para despertarlos e iluminarlos; el periódico tanto tiempo soñado y prometido, de quien quiere tomar el mundo por asalto y agredir a los adormidos contemporáneos a usanza mesnadera; el tantas veces propuesto y dibujado periódico que debe recoger las impacencias de los ignorados, dar voz y figura a un grupo de oscuros, revelar a los maestros inmediatos, a los que ya no son jóvenes, que los verdaderos jóvenes, que los frescos jóvenes de veinte años han llegado también a la mayor edad y que otra generación tiene por fin derecho a la palabra; ese periódico absolutamente necesario que debe ser algo así como el estiramiento de los músculos de un prisionero apenas suelto, como el primer canto de una boca que debió hasta ahora murmurar únicamente; ese periódico que debía ser, que quería ser y podía ser la primer venganza de todas las melancolías, el desahogo invocado de todos los desdenes, el arma de todos los golpes de mano, la tromba wagneriana de todos los desafíos, el diario de nuestros sueños, el cartucho de las demoliciones harto esperadas, la luz y el resplandor irisdicente de los pen-

samientos más temerarios, ese famoso periódico se hizo por fin.

Fué menester no poco valor. No teníamos dinero; no teníamos ideas precisas sobre lo que teníamos que hacer, defender y ofender; éramos pocos, y todos de natural y ambiciones diversas; no sabíamos adónde dirigirnos. Y con todo, el periódico se hizo.

No sabíamos esperar más. Nuestro día había llegado. ¡Hacia tanto tiempo que se hablaba de él! En el primer cenáculo habíamos pasado mañanas enteras imaginando uno de esos periódicos vehementes e incandescentes. Se llamaría *La Llama*, y sólo publicaría obras maestras. Los originales mediocres y los libros idiotas serían quemados todas las semanas en una plaza, en un arrebatado de alegría. Diríamos nuestra opinión a todo el mundo en sus propias barbas, incluso a los más célebres—especialmente a los más célebres,—y sería nuestro gerente un mozo de cuerda matón, un gigante silencioso que firmaría el periódico con su retrato en vez de con su nombre y apellido.

Más tarde, con otros, se pensó un periódico de alta filosofía y de batalla trascendental: un *Devenir* con la divina frase heraclítica en la cabecera. Cuando nuestros espíritus de libertad a toda costa se caldearon hasta el hervor, se empezó a hablar de otro periódico, especialmente de ataque y despiadada ofensiva contra mitos, teorías, fes y hombres: *El Iconoclasta*. Y cada vez se limpiaban las armas, se fabricaban las flechas envenenadas y se afilaban los dientes; pero luego, por una u otra razón—y primera entre todas, siempre, la miseria perseguidora—veíamos constreñidos a entrar de nuevo en la sombra y en la desesperación de nuestros cubiles.

Pero esta vez iba de veras y nada nos haría volvernos atrás. Los pocos cientos de liras se reunirían de cualquier modo y las ideas...

Ideas sobaban incluso. Bastaba que hubiese uno para tomar la barra del timón y dar una buena dirección hacia la meta. Los demás, domados siempre por quien manda, irían detrás con la alegría de los que no saben adonde quieren llegar. Y así fué. Y yo fuí el hombre que dió un nombre, una idea, un manifiesto al empuje de esta pequeña multitud.

Estábamos en el mes de los muertos, y queríamos empezar en año nuevo. No teníamos un lugar de reunión en los primeros tiempos, y el café era muy caro; pero nos veíamos todas las noches, después de ponerse el sol, en una plaza, y de allí nos encaminábamos, a través del bullicio y de la ciudad, a la conquista de los principios y de los hombres.

Llovía casi todas las noches; el pavimento de las calles estaba sucio, barroso y encharcado; pero ninguno de nosotros paraba atención en ello. Seguíamos adelante, entre la gente, ora separados por los carros o por los transeúntes, ora agrupados y quietos bajo el trémolo rojo de un farol, cuando la disputa se hacía más clamorosa o alguna idea impensada surgía en uno de nuestros cerebros; y no nos preocupábamos del agua en que chapoteábamos, del barro que nos salpicaba el traje, de los viandantes apresurados, que nos empujaban y con nosotros chocaban; de las espesas gotas que caían por entre la niebla sobre los negros sombreros y los paraguas cerrados; y nos acalorábamos por nada, nos entusiasmábamos por un título, por una ocurrencia, por un apunte de artículo futuro, por una disquisición que se anunciaba amenazadora, por la vaga promesa de un grabado o de una suscripción.

Todas las noches, durante dos o tres horas, nos emborrachábamos con este sueño de palabras y papel, nada a nuestro alrededor nos parecía más importante y todo se juzgaba y veía en relación con nuestro periódico inminente. Nos parecía que toda la vida de la

ciudad, de la nación, del mundo entero giraba febril en torno a nosotros, con nuestra misma expectación, y que de nosotros, de nuestro rumor vociferante de desconocidos entusiastas había de surgir de pronto la luz y la llama que todo lo iluminaría y quemaría. ¿Cómo podía permanecer tranquila la gente mientras se preparaba la revolución de ideas y almas nuevas y la destrucción de errores y hombres viejos?

Y, en efecto, alguno que otro venía y se acercaba a nosotros sin conocernos. Nuestra abierta conjura había corrido entre los jóvenes, y muchos acudían por curiosidad o por libidinosidad semejante a la nuestra. Habíamos empezado a hablar de tal periódico tres o cuatro personas; pero luego de unos cuantos días, otros amigos habíanse unido a los primeros. Casi todas las noches aparecían caras nuevas, tipos nunca vistos ni conocidos, y había que estrechar nuevas manos y convencer y animar a nuevos secuaces. Venían los pobres estudiantes vestidos de negro, con las ojeras amoratadas por la lujuria y el estudio; los artistas, llenos de miseria y de miedo; los jovencuelos tímidos, sin pelo de barba, que oían atónitos y meditabundos las palabras gruesas y los fieros propósitos de los mayores; y caían por allí incluso jóvenes más maduros, de barba rubia o castaña, que se sentían atraídos por aquella rociada de juventud iracunda, después de la esterilidad de la espera, hartos larga. Había que hablar uno por uno, como en secreto, con los recién llegados; tocarlos, probarlos, reconocerlos; después venía el acomodo con éste y con aquél; y la camaradería general del *tú* hacía del desconocido de ayer el compañero elegido de hoy.

Era menester recoger todas estas fuerzas, hacerlas compactas y macizas para un esfuerzo común y lanzarlas finalmente a la carga concorde y vencedora contra el involuntario enemigo. Entre todos, yo era

el único que tenía alguna idea o traza fundamental, e incluso cierto poder de coordinación teórica. Todos me reconocían ya como el capitán indispensable de la próxima empresa. Después de más de un mes de coloquios y de asambleas ambulantes en aquel febril cabo de año, pensé escribir una especie de gran discurso o manifiesto y leerlo a cuantos se habían acercado a nosotros para que nos dijeran claramente si nos seguirían hasta el fin o no. No teníamos, como he dicho, residencia propia, y hubo que recurrir al estudio de uno de nosotros, de un pintor venido de Roma, todo sonriente, de tranquilo fervor. Pero aquel estudio no era verdaderamente suyo: era de una Academia que se lo había "concedido amablemente", sin sospechar, a buen seguro, la clase de amigos que tenía. "Tanto mejor"—nos dijimos. ¡Proclamaremos la guerra a todas las academias, entre las paredes de una academia!"

Pero era menester entrar allí a escondidas, sin que los custodios del tétrico palacio se dieran cuenta de nada. La reunión era, según creo, para las diez o las once de la noche. Era menester pasar por una puerrecilla secreta, medio escondida en una calle de trasmano. A la puerta velaba un afiliado. Según iba llegando cada cual en la húmeda oscuridad, todo envuelto en el balandrán o en la capa, se le guiaba de puntillas por las escaleras de caracol, y a través de largos pasillos y recodos de paredes de madera, hasta la majestuosa estancia que había de acoger la solemne fundación. Tres o cuatro velas, clavadas en los clavos que salían de las paredes, o en las botellas de los barnices, iluminaban misteriosamente la habitación, que estaba atravesada por gruesa viga que descendía a esconderse en uno de los ángulos. Cuadros empezados, grandes decoraciones de mujeres vestidas de rojo y de ángeles, con trompetas de plata; dibujos

heroicos de desnudos y caballos, y rostros de tediosas bellezas prerrafaelistas, nos rodeaban mirándonos con mirada de albayalde. Cada cual se acomodó como pudo—en las sillas medio despanzurradas, sobre las cajas vacías de los cuadros, sobre las mesas cubiertas de papeles, en el suelo,—y al cabo de un cuarto de hora la habitación estaba llena de humo de cigarrillos y de desmembrada charla.

Pero cuando saqué las cuartillas del discurso se hizo el silencio, y yo leí. No sabría volver a decir ahora lo que dije aquella noche de fingida conjura y alegre expectación. Había en mi discurso mucha literatura, mucho entusiasmo, tal vez un poco de énfasis, infinitas promesas, tremendas amenazas y una tentativa de atar en un haz las ideas, intenciones, arrogancias y fuerzas de todos aquellos jóvenes que me escuchaban y que tenían fe en mí y en sí mismos. Había entre nosotros pintores que menospreciaban a los poetas y a la poesía; literatos puros, henchidos de crítica y de historia; filósofos enrabiscados, ansiosos de polémicas y enamorados de vuelos y de abismos; paganos decoradores y místicos impotentes; curiosos que nada hacían y despreocupados por sistema; y había que encontrar para todos la palabra, el impulso, la meta, la esperanza que los uniese, los sacudiera y envolviese finalmente en el hecho irreparable de la obra común.

Era necesario encontrar un nombre, un símbolo, un título que los comprendiese a todo: poetas y pensadores, pintores y soñadores. Ningún nombre, entre los sacros de nuestra tradición ciudadana, toscana, italiana, se prestaba mejor que el de *Leonardo*.

Leonardo era el hombre que había pintado almas enigmáticas y rocas, flores y cielos mejor que los mejores; había buscado pacientemente la verdad, entre máquinas y cadáveres, más que los sabios, y había es-

crito acerca de la vida y la belleza con palabras profundas e imágenes más especiosas que los literatos de oficio; había soñado la potencia divina del hombre terrestre y la conquista de los cielos, como los amantes de lo imposible. Su vasta faz pensativa de viejo que sufre harto, con los labios sutilmente apretados tras la florida barba suave y veneranda, estaba ante todos nosotros; sus pensamientos (en aquel tiempo accesibles por primera vez, incluso a los más pobres) eran muchas veces memorias nuestras. En su nombre, pues, consagramos nuestra salida del silencio. El periódico había de llamarse *Leonardo*, y no de otro modo.

Un nuevo acceso de fe encendíame nuevamente en aquella vela de armas entre la juventud inquieta y dispuesta a todas las aventuras. Y en aquel concitado discurso nocturno afirmé nuestra plena y consciente paganía contra las delincuencias y cobardías del secular rebaño nazareno; nuestro feroz individualismo (o, como se decía, personismo) contra el frenesí socialista que entonces amortiguaba los ánimos de la juventud, que se imaginaba ser revolucionaria con apagar el color vivo de la propia persona solitaria en el pantano tétrico de la multitud tétrica e inepta, en la miserable política de una Italia envilecida y humillada; y, en fin, el idealismo intransigente monopsiquista de nosotros los filósofos, para quienes el mundo exterior no existía: la realidad era la sombra de un sueño; el universo, un fragmento descabalado de nuestra mente; las antiguas verdades, mentiras a servicio del rebaño, y que en la contradicción veía la certidumbre; en el descenso a tierra, la alegría, y en el absurdo, la ley. Sobre este caos y en esta lucha de tendencias, instintos y reacciones, había plantado, como flores supremas y banderas comunes, la fe en la inteligencia

sin prejuicios, en la divina virtud de la poesía y en el perenne milagro del arte.

De cuando en cuando, levantando los ojos miopes de las cuartillas escritas, veía ante mí, en aquel juego de sombras oscuras y claros rojizos, los rostros atentos de mis compañeros, las desordenadas filas de mi ejército, y me parecía leer en algunos ojos el estremecimiento deseoso del sí; sentía zumbiar en mis oídos la palpitación de veinte, de treinta corazones; un soplo de calurosa simpatía venía hacia mí envolviéndome por completo, y me conmoví de tal suerte, que las últimas frases, que había escrito con mis más armoniosas y luminosas palabras en el frío solitario de una media noche de invierno, me brotaron como interrumpidas y sofocadas de extraño e imprevisible enternecimiento. ¿Sentía tal vez que mi verdadera vida—mi vida de apóstol y de aventurero—comenzaba en aquella estancia silenciosa, ante aquellos hombres futuros, en aquel momento tan solemne para todos nosotros?

No sé verdaderamente lo que pensarían quienes escuchaban mi altisonante y agitado discurso. El hecho es que casi todos escribieron en seguida su nombre en una gran hoja que una especie de secretario previsor había preparado sobre una mesa. Y cada uno de aquellos jóvenes estrechó mi mano y el periódico fué decididamente decidido. Cada cual daría un poco de dinero y mucho trabajo.

## EL PALACIO DAVANZATI

Cada uno de nosotros fué sometido a la tasa de guerra: diez liras al mes. Y todos pagaron. Hubo un principio de jerarquía; se eligió una especie de secretario que había de pensar en dar cuerpo y materia a nuestro sueño. Fuimos juntos por las imprentas, mirados con suspicacia por los dueños y los regentes, que veían nuestra impericia y adivinaban nuestra pobreza. Y pudimos tener, al fin, una habitación completamente para nosotros, ¡una redacción!

¡Qué hermoso era en aquel tiempo el Palacio Davanzati, alta fachada de piedra noble y vieja, frente a las innobles ruinas del mercado! En medio, un escudo coronado y ampuloso del siglo XVII se destacaba, negro, sobre las piedras negras, y arriba, en lo alto, la hermosa logia abierta, aérea, libre, florentina, nuestra, prometía al transeunte que desde abajo la miraba, amplia vista de torres de mármol, de colinas iluminadas y de cielos serenos. Era en verdad la gran casa del mercader, rico y ennoblecido: maciza como su fortuna, confiada a los bancos de Francia y de Levante; hosca como su alma de faccioso, no ablandada todavía; sólida y amplia como su vida de humanista de buen gusto y de hombre del pueblo trabajador. Tal vez fuese la sugestión del nombre, pero a mí me re-

cordaba la prosa del Tácito davanzatiano, sobria, apretada, simple y, con todo, jugosa, carnosa y pulposa como la de mi Maquiavelo.

Pero había que ver por dentro el palacio en aquel tiempo: todo sucio y obscuro, con las escaleras medio arruinadas, las paredes pintarrajeadas, las barandillas cegadas a la mitad, y el gran patio lleno de recovecos, rincones urinarios y cajas abandonadas. Hoy lo han limpiado otra vez, picado y puesto como nuevo, y han hecho de él un museo con su catálogo y su portero con gorro de galón dorado, y hay que pagar una lira para visitarlo, porque dentro todo está muy bonito, todo adornado y coquetón, con muebles adquiridos en los anticuarios, sillones de roble, cuadros de buenos autores y arañas rescatadas de los judíos. Está limpio, simpático, confortable y hecho aposta para los forasteros, para los *snoobs*, para los señores instruídos que quieren tener una idea de la casa florentina del siglo XV, restaurada por un trapero ambicioso. Pero ya no es nuestro palacio Davanzati, mi palacio Davanzati, sucio y degradado, sí, pero lleno aún de verdadera vida y habitado por hombres verdaderos, no por telas, estatuillas ni sacabancos. Y no es, especialmente, el palacio Davanzati que hospedó por primera vez una creación nuestra y sintió los tumultos de nuestras disputas, el estruendo de nuestros duelos y los cantos de alegría y las risas locas de nuestra primera invasión del mundo.

Habíamos tomado una habitación a un buen hombre plácido y corpulento, que vivía fabricando jaulas de grillos y toldos de peluquería. La habitación no era grande, y estaba amueblada a la buena de Dios. Nosotros quitamos de en medio la cama, las mesillas y la cómoda y no dejamos más que un par de mesas, una butaca descosida y agujereada por varios sitios y tal cual silla coja. Pero nos bastaron pocos días pa-

ra transformar a nuestro gusto este desnudo camaranchón burgués. El amo de la casa, como avergonzado de la suciedad de las paredes, nos llevó un gran mazo de ramas de laurel, que fueron colocadas en derredor o colgadas del artesanado. Nosotros llevamos fotografías y grabados de esculturas y cuadros, y por entre las hojas oscuras fueron apareciendo las mujeres desnudas del Tiziano, los dignos viejos leonardescos y los cuerpos danzantes de los faunos malignos y de los Apolos vaneses. En una pared estaban colgados de un clavo dos floretes de esgrima y sobre la puerta—porque teníamos una puerta libre, completamente nuestra,—un cartel ostentaba en grandes caracteres negros el nombre de nuestro divino protector, bajo un gran sol rojo que por doquier extendía sus rayos retorcidos como serpientes soliviantadas. Allí, en aquel cuartucho medio vacío había fiestas todas las noches. Iban allí todos durante dos o tres horas para verse, para combatir, para contar, para excitarse. Todo era pretexto para una asamblea. Acudían otros jóvenes impacientes y temerosos. Mi Julián estaba fuera de Italia; bastó una carta mía, donde refería fogosamente los preparativos de la gran salida y mis esperanzas y primeras medidas para que corriera precipitadamente a reunírseos al grupo, donde al punto ocupó uno de los primeros lugares.

Comenzaron a llegar los originales (correcciones, tachaduras, devoluciones), se grabaron pacientemente los primeros grabados (maderas amarillas y duras de boj donde la gubia cavaba rabiosamente, saliéndose a veces de la línea negra), y fueron enviados por doquier los anuncios de Prensa (¡el primer boletín de la guerra, resonante ya de golpes y clamores!). ¡Qué fiesta cuando llegaron las primeras pruebas de imprenta! Estaban húmedas y en mal papel, con la tinta todavía fresca, llenas de enmiendas y ridículos des-

propósitos; pero nos parecieron los mensajes divinos de la gloria, los primeros pasos nuestros, pobres mudos, hacia los hombres y la inmortalidad.

Queríamos hacer un periódico completamente diverso de los demás y que fuese en todos sus aspectos, incluso en la apariencia, inactual. Papel oscuro y granulento, en vez de papel blanco y liso; grabados en madera hechos por nosotros mismos, en vez de los mecánicos en cinc y las cuadrículas impersonales; figuras y símbolos en vez de firmas; nombres poéticos y sonoros en vez de nuestros apellidos oscuros e inarmónicos. Y todos trabajábamos de acuerdo para que el periódico fuese bello, original, sorprendente en todas sus partes. Nada de división del trabajo: vióse a poetas escribiendo de filosofía, filósofos que empezaron a grabar en madera, eruditos que expusieron líricamente sus metafísicas, pintores que intentaron hacer crítica y teoría.

Había una confusión jocunda, un trastrueque inestable, una furia nerviosa, como si toda la vida de todos y de cada cual fuese a empezar de nuevo; como si la Humanidad saliese entonces de un sueño de siglos o de un castigo divino y hubiese que construir el universo. Algún soplo del *sturm und drang* pasaba por entre nuestros cabellos, según estábamos inclinados sobre las pruebas o los dibujos, o se vociferaba en pie, encendido el rostro, acerca de la grandeza del arte, el genio de Miguel Angel o la existencia de la materia. Y cuando salíamos, abajo, en el patio oscuro, se encendían los duelos y fingidas batallas que eran menester para descargar la fuerza sobrante que aquella agitación nos infundía a todos. Cualquiera arma era buena: floretes, bastones, puños. Se hacían horribles asaltos de esgrima, que a veces terminaban en sangre, y nos íbamos a casa con las manos acardenaladas y el rostro arañado, felices y temblorosos,

como si también el cuerpo tuviese derecho a tomar parte en la fiesta del espíritu.

Pero al cabo la espera acabó. Después de haber hablado, gritado y trabajado dos meses seguidos, entró en máquina el primer número, y una tarde, después de las siete, por las escaleras oscuras del palacio los primeros paquetes del *Leonardo* llegaron a nosotros, que esperábamos aquella gloria inquietos y en silencio. Era el 4 de enero de 1903.

## XVII

## LA SALIDA

El periódico salió verdaderamente como queríamos; es decir, diferente de los demás. Y tuvo, como sus críticos, vida desigual y azarosa.

Comenzó de ocho páginas, en papel a mano, con grabados en madera. Salía cada diez días y hablaba de todo (incluso de política), pero más de arte que de filosofía, y la filosofía tenía un paso tan lírico, fantástico y extraño, que no parecía ser ella. Luego de algunos meses, sin embargo, los artistas y literatos empezaron a no pagar más, a no trabajar más. El periódico gustaba y desagradaba (curiosidad, entusiasmo, compasión) y era muy leído, especialmente por los jóvenes; pero los vendedores nos estafaban y los suscriptores no llegaban a ciento. Así, pues, al llegar el verano nos quedamos solos nosotros dos, los filósofos, Julián y yo. Y no nos rendíamos. El periódico se convirtió en revista; se redujo el tamaño, empleamos un papel hueso cualquiera, se publicó con más intervalo y con más páginas; dimos un tanto de lado al arte; la literatura y la política fueron desahuciadas y la filosofía llegó a ser, por último, dueña, señora, dominadora.

Una filosofía a nuestro modo, es claro, y que contradecía orgullosa y sarcásticamente a las filosofías

de la tradición, de los manuales, de los profesores, de las Universidades. Queríamos revolucionar la idea misma de la filosofía y dar al pensamiento las imágenes y el vuelo de la poesía; poner en la poesía de los literatos (que nos eran odiosos) un aliento, un fermento, una esencia de pensamiento. La filosofía tenía que empezar a vivir de nuevo con nosotros con una idea opuesta a la de su pasado. Hasta entonces había sido racional, y nosotros combatíamos el intelectualismo con todas nuestras fuerzas; había sido siempre contemplativa, y nosotros queríamos que se convirtiese en creadora y que tomase parte en la obra de rehacer al mundo.

Urgía por eso barrer el pasado y el presente de aquella filosofía de holgazanes, ciegos y cobardes que hasta entonces se había hecho. La filosofía dominante por aquellos años en Italia era el positivismo, y nosotros, ¡duro contra los positivistas! Tornaron y se reforzaron los instintos bárbaros y libertarios de los años anteriores: empezamos a gritar, escandalizar y discursar a diestro y siniestro, a veces con santa y perfecta justicia, a veces con harta precipitación, pero siempre de buena fe y por un amor más grande. Los ataques y las batallas fueron lo mejor de cada número. Instituyéronse sacrificios periódicos y regulares de nulidades y celebridades; se meditaron matanzas en masa y tomas revolucionarias de escolásticas Bastillas.

Junto a este trabajo de limpieza y recompostura había los principios de la reconstrucción: esquemas de metafísicas, revelaciones y exposiciones de teorías nuevas, concepciones mundiales místicas y pindáricas, y especialmente, programas, programas y programas. Estábamos tan llenos de pensamientos e intenciones, que no había tiempo para desarrollar, explicar y madurar cada cosa, y nuestras peripecias mentales eran

de tal manera rápidas, que apenas expuesto el plan de un sistema o de una investigación, otros diseños apuntaban y brotaban en nuestro interior.

No se destruía únicamente, no. Fuimos los primeros en Italia en hablar de muchos hombres, nuestros y extranjeros, olvidados o postergados, que ahora todos citan y entonces nadie conocía ni aun de nombre, y hablamos de ellos con reverencia, con amor, con entusiasmo. Fuimos los primeros en difundir, o casi, ideas recientes, direcciones del pensamiento mal conocidas o en formación, escuelas en que nadie entre nosotros pensaba ni ponía atención. Resucitamos la pasión por los antiguos místicos; infundimos a algunos jóvenes insospechada afición a las matemáticas; propusimos y discutimos problemas que parecían lejanísimos de nuestra cultura nacional. Y el arte, para colmar la extraña novedad de este inusitado furor ideal, servía como de material acompañamiento: las iniciales grabadas, las láminas adjuntas, las cabeceras en color (caballos en fuga, pomos de espadones, espigas henchidas de grano, gigantes con honda y caballeros lanza en ristre), eran como las flores arrojadas en una fiesta solemne o como fanfarrias de alegría en una marcha cerrada de voluntarios.

En los primeros tiempos de la reanudación estuvimos solos y regalábamos casi todos los ejemplares. Pero poco a poco vinieron a nosotros otros jóvenes y se enamoraron, incluso de lejos, de nuestra obra. Vinieron también hombres ancianos y graves que comprendieron lo que había de sincero y profundo en nuestras bacanales de lirismo idealista y en nuestra ferocidad de imberbes *conquistadores*. Nos dieron dinero, nos dieron libros, nos mandaron artículos. Encontráronse así en nuestras amplias y decoradas páginas sutiles matemáticos lombardos y poetas napolitanos, filósofos de gran nombre y abogados estu-

diosos y solitarios; viejos hombres de ciencia y estudiantes muy jóvenes, que veían por primera vez impreso su nombre. Aumentaron los suscriptores y los amigos; los extranjeros nos leyeron y animaron de lejos; las revistas de Italia y de fuera escribieron acerca de nosotros, combatiendo o admirando.

Aquella fué verdaderamente la edad heroica y divina de nuestro *Leonardo*, y duró poco más de dos años. Habíamos llegado a ser una fuerza con la que era preciso contar; nos seguía la atención de todos; nuestros fascículos, abarrotados de ideas y resonantes de bofetadas, eran esperados por muchos impacientemente; en algunos el estupor se cambió en entusiasmo y el desprecio en odio franco; hasta las mujeres—por lo general muchachas apasionadas—se dirigieron a nosotros, sin conocernos personalmente, con una simpatía que se acercaba al amor.

Nuestra revista fué el centro y el órgano de movimientos filosóficos; fué el punto de partida de iniciativas, de colecciones, de reimpresiones, y representó incluso a los ojos de los simples lectores de periódicos de cinco céntimos algo orgánico y concreto. Nosotros dos, los fundadores, ya no estábamos solos ni se nos ignoraba. Empezamos a preparar y a publicar los primeros libros, pequeños y grandes, de arte y de filosofía, que habían de ensanchar y reforzar nuestra acción; nos llamaban a escribir en otras revistas, nos invitaban aquí y allá a hacer discursos y conferencias.

Nuestros dos nombres, emparejados siempre como los de dos hermanos, eran ya familiares a la nueva generación, y muchos se dirigían a nosotros como a guías espirituales y a misioneros de una nueva fe del espíritu resucitado. Vivíamos en un estado de continua excitación, de descubrimiento de trabajo de toda especie; todos los días teníamos que descubrir nuevas

almas, leer nuevos libros, corregir infinitas pruebas, sostener polémicas, responder a compañeros ignorados y anudar frescas amistades.

A la sazón, nuestra vida era verdadera vida, vida de sorpresas, de asechanzas, de creación, de formación, de ascensión. Pero la misma intensidad, la misma fortuna de esta vida nos debilitó. Al cabo de dos años, mi Julián, mi verdadero y único compañero, me abandonó por otros lazos, por otros países. Continué solo, y otros se me acercaron y otras corrientes del pensamiento circularon en la revista.

Pero los nuevos compañeros, los últimos, no tenían ya el ardor y el desinterés de los primeros. Otros sueños más peligrosos asaltaronme el ánimo y me turbaron el juicio. Bordeé los tenebrosos mares de la magia; creí encontrar en las supersticiones antiguas y en los esoterismos remendados los primeros escalones de la subida a la divinidad. El idealismo se convirtió en misticismo, el misticismo en ocultismo, y el ocultismo pudo haberse trasuntado en teosofía, a no haberme detenido a tiempo.

Disminuyó la energía lentamente; decayó el ímpetu; la simpatía de los demás se debilitó. En vez de la rica y animada diversidad de un tiempo, se descendía a la recopilación interesante nada más. Cambiaba incluso el cuerpo exterior. La revista se hizo más pequeña y cada vez más revista; los grabados desaparecieron; reapareció la literatura. Mi espíritu, harto perdido en ambiciones desmesuradas, frente a las cuales un poco de papel impreso parecía algo ridículo y vano, se alejó de mi obra. Diferencias interiores y alejamientos exteriores apresuraron el fin. Llevaba cinco años desahogándome, maldiciendo, soñando—ante los demás, para los demás.—Ya no me bastaba; el trabajo era demasiado y al mismo tiempo los fines me parecían míseros. Y además la mente tiene nece-

alidad de descansar y rehacerse después de tantos años de florecimientos y siegas. Sentía la necesidad de nuevo recogimiento, de nueva soledad.

Y después de cinco años de esfuerzos, de guerras, de exploraciones y locas tentativas, *maté* voluntariamente a mi criatura, al hijo más querido de mí mismo. Estábamos en pleno verano, en agosto; el último número salió armado de un haz de atroces saetas y con la cubierta color de sangre, y con todo, era triste, descorazonado y pesado como el ataúd de un amante asesinado.

## XVIII

## LA FUGA DE LA REALIDAD

¡Hartas memorias, sobradas nostalgias! Este color y calor del pasado, estos hechos y pasajes externos, ¿qué cuentan? Son poesía, literatura, vanidad. Lo que importa aquí es la historia de un alma, la historia de mi alma, y no la de un palacio o de un periódico. No debería caer en semejantes flaquezas, y si no me avergüenzo de ello hasta el punto de borrar las huellas, es el caso que son también síntomas y pruebas de un fondo político y sentimental que no consigo ahogar ni en los accesos más dialécticos. ¿Es posible que yo no pueda ver la idea sin el cuerpo y sin la sombra, y no pueda comprender un sistema sino bajo la forma de vida y de experiencia sensible, pasional, cotidiana? Las cortezas, las cáscaras, los vestidos, las máscaras son—también yo lo sé—no más que cortezas, cáscaras, vestidos, máscaras. No son nada más. Nada más substancial ni más íntimo. Las cáscaras se rompen. Los vestidos se desnudan, las máscaras se destiñen, y lo que queda es el concepto, el esqueleto interior e indestructible de la verdad. Lo que lo reviste es esencial, variable, transitorio. Las manifestaciones a uso de los demás, los vehículos de estas embajadas espirituales—las palabras, las palabras habladas, las palabras escritas, las palabras impresas, las hojas con